

para Emma, Laura y Ana



Prefacio

Esta es la historia que pudo narrar el escritor Manuel Ciges Aparicio. Él es su principal protagonista. Comparte desarrollo y escenario con el general Valeriano Weyler y miles de españoles y cubanos, reales en su mayoría, aunque fabulados en el relato de la guerra hispano cubana.

Comienza en las postrimerías del siglo XIX y concluye, o vuelve a iniciarse, en el mes de julio del año 1936.



1. El anciano

¡Apágate, breve llama!

Shakespeare, *Macbeth*

No puede dormir. La pesadilla de las últimas semanas. ¿Con quién habla? ¿De dónde proceden las voces que le acosan? Tarda en abrir los ojos. Continúa viviendo. Sus peores enemigos fueron los jevenes, piensa. Y la lluvia. Y el calor. La tropa sufría de pánico por ellos. Y no podían disimularlo. Temblaban los soldados en la noche mientras la selva los acosaba con sus ruidos. Y nada le enfurecía tanto a él como ver tiritar de miedo a sus soldados. Lloraban algunos. Ya habrían los sobrevivientes olvidado las lluvias, las fiebres, los ojos de los filibusteros acechándoles, sus gritos cuando cargaban al machete. ¿Existió realmente aquel tiempo, fue real la guerra? ¿Cuándo estuvo él en Artemisa? Y aquella mujer, tan joven, tan hermosa, palpitando su cuerpo como el de una cierva herida y por su madre abandonada, hasta su nombre recuerda después de tantos años, Herminia, Herminia... ¡Qué duro resulta ya no poder vivir!

Se sienta en el lecho. Comienza a vestirse. Un reloj, en otra estancia, comienza a dar las horas. Encaja sus

canijos pies en las botas de gastadas espuelas. Bailan en ellas y ha de abrocharlas con fuerza para que no se le salgan al andar.

El anciano, ya anudado el fajín en su enteca cintura, el mismo fajín que atraía con sus rojizos y brillantes destellos las balas de los mambises en la manigua, abrochada la guerrera de bocamangas rubís y gualdas descoloridas, bailándole el ros de gastados hilos de oro en la cabeza, se incorpora del lecho y con sus temblorosas manos remueve el montón de cruces y medallas que como monedas de ajada chatarra ocupan uno de los cajones de la cómoda. Toma la de Carlos III, la de San Fernando de primer orden, la de Isabel la Católica, la gran cruz roja del mérito militar, la gran cruz de la Orden Pontificia del Santo Sepulcro. Una a una las va prendiendo sobre la casaca que cubre, con amplitud, sus descarnados pechos. Voltea las demás entre sus dedos, y sin preocuparse porque algunas se le escurran y deslicen hasta el suelo de la habitación, las deja caer sobre la madera de la gaveta.

Descuelga de la pared el cornetín de órdenes que como recuerdo trajera consigo el 31 de octubre de 1897, cuando embarcó en el Montserrat tras ser despedido por mandato real de su capitanía en Cuba, país al que no regresaría nunca. Todavía, al evocarlo, siente el rencor y el odio anudados en su garganta, odio y rencor que no pudo expresar en público al entregar el mando al general Blanco y que apenas sí amortiguaron las entusiastas muestras de adhesión de los patriotas que fueron a aclamarle y despedirle.

Ase después entre sus gotosos dedos el bastón, y casi a tientas, tanteando las paredes que le conducen a la escalera, asciende por los peldaños que le depositan en la terraza del edificio.

Desde la atalaya de su casa de la calle de Ferraz contempla el parque del Oeste, la sierra de Guadarrama, el paseo de Rosales y las sendas por donde, erguido su

disminuido cuerpo sobre la montura del caballo, se desplazaba no hace muchos meses en dirección al Puente de los Franceses ante el asombro de las gentes que contemplaban el paseo al trote de aquel viejo de tal facha ataviado y enhiesto sobre la dócil bestia.

Ha cumplido noventa años de edad. Aunque la artritis consume sus miembros él no atiende consejos ni prescripciones médicas. Su hijo y las autoridades del Gobierno han conseguido cercenar el postrer suspiro que restaba a su vida. Aislado, el marqués de Tenerife, Grande de España, agoniza preso en su domicilio, custodiado por un oficial y dos soldados que impiden que acudan a visitarle y conversar con él gentes no autorizadas, y que igualmente abandone, sin justificada causa, su hogar.

Ya se encuentra en la azotea. En ella vuelve a ser el duque de Rubí. Desde que le separaron de su ahijada, cincuenta años menor que él, última pasión desatada a sus sentidos por una mujer, desde que ya no puede verla ni acariciarla, y desde que igualmente se encuentra impedido para asir las riendas del caballo se pregunta para qué se prolongan los días de su existencia, rutina de contemplar y atender a unos hijos que no le quieren y por los que él tampoco siente nada, soportando a sirvientes o a quienes le visitan siempre con la cantinela de idénticas palabras: «¿cómo se encuentra hoy, mi general, verdad que mejor? Usted nos entierra a todos, tiene todavía mucha vida por delante», consciente de que únicamente esperan que su ojos, casi siempre entrecerrados, se sellen definitivamente. Le gustaría, desde el sillón en que se postra o el lecho donde se derrumba, en un último gesto, blandir contra ellos la espada que tantos enemigos abatió y arrojarlos lejos de sí. Pero ha de esperar a que se vayan, llegue la noche, todavía más terrible y angustiosa que el día, en la que, ayuno de cariño, se sumerge en atroces pesadillas.

El anciano se lleva el cornetín a la boca y arranca no sin esfuerzo el toque de fajina que no tarda en cambiar por el de atención general para pasar, sin interrupción alguna, a la *Marcha Real*: «Venid, españoles, al grito acudid. Dios salve a la reina, Dios salve al país»

Ya corren desde las calles aledañas a su domicilio, por los senderos del parque, gentes de Madrid, ante la convocatoria de la inusual llamada. «Las tropas, desfilan las tropas», gritan. Y alborotan con sus risas y gritos los niños, las modistillas, el panadero que abandona su tahona, y el matarife con el mandil manchado de sangre, el sastre, el tabernero que echa el cierre a su bodega, el aprendiz que se desvía de la ruta de su mandado, los soldados que requiebran a las criadas en su hora de asueto, el cura que caminaba sumergido en la lectura del breviario, la señora que había sacado el perrito a pasear, los ancianos que sentados en un banco contemplaban el discurrir de la turba, el botones del banco, los albañiles que bajaban de los andamios para sumarse a la comitiva, el sereno cojo que acompañaba el trote de su pierna sana con el golpeteo del chuzo sobre los adoquines, las adolescentes que buscan galanteos y acuden al lugar corriendo desde la calle del Príncipe y la carrera de San Jerónimo, los petimetres desplazados desde L'Hardy o el café Universal, los embozados en su capa de paño bejarano perseguidores de mujeres ligeras o ávidas de regalos o aventuras, cuidadosos de que nadie pueda identificarlos e ir después con el cuento a la legítima, y aguadores, comerciantes, hilanderas, afiladores, buhoneros, pregoneros, golfillos, vagabundos, descuideros que gustan de multitudes y apretujones donde hacer su agosto.

Se detienen los tranvías, los escasos automóviles que circulan por la calzada. En los balcones de los edificios asoman hombres y mujeres que orientan sus rostros hacia el lugar de donde provienen las notas de la marcial

música. Todos buscan a la tropa, se desplazan hacia la zona en la que la corneta continúa lanzando sus sones al atardecer de Madrid. «Un desfile, un desfile». La reina, tras las celosías de su calesa, da órdenes al cochero para que dirija los caballos hacia el lugar de donde proviene la música. Ahora el cornetín ha cambiado las modulaciones y emite la silenciada Marcha de Cádiz: «¡Viva España! Que vivan los valientes, que vienen a ayudar, al pueblo gaditano, que quiere pelear. Y todos con bravura, esclavos del honor, juremos no rendirnos, jamás al invasor»

«Al galope, al galope, carga, atención, a los granaderos, en guardia, batallón, fuego». Los sones se confunden en horrisona mezclanza y las gentes que se congregan a los pies del edificio contemplan la silueta del anciano clavado en la azotea, que apenas puede arrastrar los pies, al que le tiemblan las manos colmadas de nudos, cuyo giboso pecho se convulsiona, enrojecida la prominente nariz, afilada, ganchuda como la de un ave rapaz, que observa al público que ha acudido a su reclamo con mirada hosca, huidiza, desde sus diminutos ojos, sin dejar de aferrarse con los garfios de sus dedos a la corneta pronto silenciada, y que se estremece al contemplar la mutación experimentada por los rostros y cuerpos de quienes ocupan aceras, paseos, avenidas. Ya no son los habitantes de la ciudad; ante él se concentran quienes un día ya lejano sufrieron y murieron en la pinareña villa cubana de Artemisa, los por él obligados a reconcentrarse en aquellas tierras, y la calesa de la reina se transforma en el carro de la Lechuza que dos veces al día acudía a recoger a los muertos para conducirlos al cementerio. Se estremece su rostro cuando intenta acercársele la hija del general que ha cumplido ese día cuarenta años de edad, su ahijada, a la que odian sus hijos porque rumores corren que la han convertido en su última amante y que pretende casarse con él para

heredar sus bienes y títulos. «Me he escapado, he venido a verte», le dice mientras le besa y hace carantoñas y desliza sus blancos y estilizados dedos sobre el apenas dibujado bigote que sobre los hoyuelos de la boca destaca su textura en el pergamino del rostro del anciano de labios secos y amoratados y poblados de miríadas de arrugas, rostro ínfimo en comparación con las sobresalientes y afiladas orejas ganchudas. Abandona el cornetín e intenta tomar los hombros de la mujer con sus temblorosas manos que corren hacia el encuentro de los bien desarrollados senos transparentados tras los encajes de la vaporosa y nívea blusa, y al contactarlos observa horrorizado cómo la bella criatura se ha metamorfoseado en la madre escuálida que yacía tirada en un rincón del camposanto de Artemisa, muerta pero todavía con la boca del hijo recién nacido asida al macilento pezón del que hacía tiempo dejara de manar leche. Voces, voces. «Viejo putero, quieres desheredar a tus hijos, pero hasta la tumba te acosarán tus víctimas, no te librarás jamás de sus espectros». Los chiquillos que siguen a los soldados españoles bailan al compás de los sonos emitidos por la banda de cornetas y tambores del Regimiento. Pronto conforman una turba de niños esqueléticos y andrajosos sobre cuyos rostros se fijan los ínfimos ojos del anciano. Muchos de ellos, en su carrera tras los soldados a los que tienden sus manos implorando unas monedas para poder comer, caen y quedan tendidos en el camino, y quienes logran proseguir la marcha saltan por encima de sus huesos y vientres hinchados. Algunos ya arrastran en su pellejo las huellas causadas por los estragos que la viruela dibuja en los desnudos cuerpos. Otros curvan los arcos de sus protuberantes costillas como si con ellos quisieran aprisionar pecho y corazón para que no se les escapen del recinto que los comprime. Dos niñas, de ojos hundidos y labios hinchados, chupan mecánicamente las pollas de dos

soldados que sujetan sus cabezas entre sus férreas manos para impedir que —como si fueran recién nacidas— se descoyuntaran del endeble cuerpo, mientras balancean sus piernas empujando sus miembros hasta el fondo de sus bocas. Ya el semen se les escurría por los labios y ellos les pellizcaban los pezones crecidos y amoratados, enhiestos en los descubiertos y apenas desarrollados pechos. Tirados junto al porche de una vivienda de techo de guano, unos viejos, expectorantes, con apenas fuerzas para emitir sus ahogadas y entrecortadas toses, escurrían hilillos de sangre por sus bocas encajadas en sus prominentes y bailantes mandíbulas. Una mujer joven tiritaba de frío: su rostro arde devorado por la fiebre. Temblorosa, araña con los dedos la tierra intentando abrir una sepultura para depositar en ella a la niña que acaba de morir, lanza aullidos y lágrimas intermitentes que ahuyentan a los dos hombres negros como el betún, y desnudos, que se le acercaban y corren despavoridos hacia los senderos abiertos entre los frondosos curujeyes explosionados en sus sangrantes flores y sobre los que se enredan, serpenteando, los bejucos, y es como si las propias piernas, brazos de Weyler, se transformaran en árboles, árboles que le brotaban del pecho y flotaban sobre el agua, en medio de las amenazantes nubes que pronto borrarían de sus ojos la angustia producida por la intensa luz que los cegaba, hasta que al fin regresaba a la realidad marcada por aquellos hombres desnudos de grandes miembros tersos y enhiestos que contrastaban con la miserable fragilidad del tronco del que sobresalían, que le demandaban a gritos un pedazo de pan. Surgía ahora ante él un mulato cimarrón manejando la rastra que tras rasurarle el pecho descendía trazando curvas oblicuas en busca del encogido pene del general, y el miedo que siempre había afirmado no podría albergarse en su corazón o en su pensamiento, latía en sus párpados, le delataba con el temblor

de sus piernas, mientras la máquina comenzaba a rapar su pelvis. «Dejaré textos escritos que den cuenta de mi vida, de mi valor y actos heroicos», grita para defenderse, «y en ellos nadie encontrará reflejadas mis angustias o mis fracasos, tampoco mis pensamientos, jamás mostraré la huella de mi propia máscara». Para qué serviría por otra parte descubrir los horrores vividos en Cuba, los infiernos sufridos por sus habitantes o nuestros mismos soldados, mostrar un mundo que nadie desea ver ni saber de su existencia porque no podrían habitarlo, en vez de seguir el rastro glorioso de nuestros antepasados, descubridores, conquistadores, glosado por historiadores cuyas lecturas, únicas prácticamente en las que me embebí a lo largo de mi vida, han creado la legendaria crónica de la grandeza de nuestro país, sentando las bases para amar a Dios, a la Patria, al Ejército y su bandera. Eso me demandó siempre el alcance de mi profesión, y eso confía recibir de mí el pueblo, y ésa será, ha sido siempre, la única historia que existe, la que nosotros contamos, no la que pudieran describir las víctimas y los vencidos.

El anciano contempla impasible, con sus ojos aún no apagados, la secuencia de escenas sucedidas ante ellos, dirigiendo a quienes acusadoramente alzan sus brazos amenazantes hacia él su mirada fría, inquisitorial, que brilla como el acero que desarmaba a cuantos se le enfrentaban. Y lentamente inicia el camino de retroceso el coro de cuerpos deformados, rostros purulentos, blanquecinos labios subsumidos en macilentos semblantes, de aquellos reconcentrados que habían perdido la palabra y la capacidad de súplica.

El anciano arroja al suelo de la terraza la corneta. Escucha las palabras de quién a él se dirige: «Vamos, mi general, es hora de regresar al lecho». Increpa a sus interlocutores, buscándolos entre las sombras de la ya caída noche. «Te lo dije, los mejores fueron mis cazadores de

Valmaseda, en ellos tienes que inspirarte para tu Legión Española. Ni papeles ni causas pendientes. Anonimato y obediencia ciega. Ningún miedo a la muerte. Ellos son soldados de la muerte. Y licencia para que puedan desatar sus instintos criminales con todos los enemigos», le grita a Millán Astray. «Y a ti —se dirige ahora a Queipo de Llano— te lo he explicado muchas veces, nada estimula mejor a la tropa que despertar su fuerza e instintos primarios prometiéndoles que en la conquista de los pueblos y aldeas enemigas gozan de patente para violar a cuantas mujeres encuentren a su paso, y así además de que éstas conozcan lo que son hombres de verdad parirán un día hijos auténticamente españoles». A Franquito, que se agazapaba en las tinieblas, le desprecia, piensa que es un cobarde y se niega a verle y recibirle. «Mi general, tiene fiebre, hemos de llevarle a su habitación», insisten sus sirvientes. Pero él ya no les escucha. Habla a su ahijada: «Porque la historia de este país cambió el día en que en las Cortes un puñado de cobardes, advenedizos y vendepatrias me traicionaron. Es en el Oriente cubano, encontrándome yo en pleno campo de batalla, en agosto de 1897, cuando me comunican el asesinato de Cánovas. Vete a saber qué mano de guante blanco se escondía tras el asesino que empuñaba la pistola. Supe en aquel momento que mi suerte estaba echada. Ya tenían venia para desempolvar toda la artillería de sus intereses ocultos y su palabra artera el Marqués de Aperteguía y los perros de la prensa. Cánovas era, hija, mi auténtico valedor en España. Dije al llegar a Cuba que yo era un militar, no un político, pero militares y políticos se encuentran unidos en idéntico fin y persiguen los mismos objetivos cuando deciden aunar sus intereses. El uno sin el otro no son nada, por eso algunos acaparan ambos cargos. Yo no podía duplicar mi actividad: o mandaba en España o lo hacía en Cuba, y al final terminé no mandando en ningún sitio y

concluí arrastrándome aquí, por mucho Ministerio que me otorgaran obteniendo honores que ya de nada me servían. Mi última intentona fue contra Primo de Rivera, y una vez más me traicionaron. Sólo tú has traído algo de luz y alegría a mi vida. Porque conoces mi único credo: nada existe más hermoso e importante que la libertad de cada uno, y esa libertad para mí consiste en poder dominar a mi caballo, acariciar a una mujer y saberme temido y obedecido hasta la inmolación, si resulta necesario, por tus propios soldados. Y lo que más dolor y frustración puede causar a un militar, y a ti puedo confesártelo, es no conseguir apresar, destruir a tu más encarnizado e implacable enemigo, y ése fue en Cuba mi gran fracaso con el auténtico jefe de los filibusteros, no terminar yo, personalmente, con el mulato Maceo. Le mató el azar, no la estrategia que fundamentó mi mando en Cuba, para lo que había movilizó el mayor ejército desplegado en guerra alguna por España y desarrollado durante un año una implacable y continua persecución sobre él. Luego, tiempo después, me pregunté muchas veces por qué no había contestado la carta que personalmente me dirigiera. Tal vez porque siempre esperé tenerle vencido a los pies de mi caballo para hacerlo. Me escribió cuando él se encontraba en Cayajabos y yo apenas llevaba un mes en La Habana. Me pedía que no derramara sangre fuera del campo de batalla. ¿Y él qué hacía? Que fuera benévolo con los no combatientes. ¿Lo era él? Yo sólo pensaba en segar su cabeza con mi sable o contemplarle ahorcado desde lo alto de mi caballo. No lo conseguí. Maceo se me escurrió siempre y fui aclamado por una muerte en la que no tuve parte alguna. Y en cambio, con mi destitución, me acompañó el estruendo y resonancia mundial de las víctimas que dejé tras de mí y a las que aludía su carta: la voz de todo un pueblo».

Pero ella no se encuentra a su lado. Nadie le acompaña en la azotea. La gente que se había congregado en el paseo de Rosales ante la convocatoria realizada por la corneta, volvió a sus rutinas, desengañada, al contemplar que era sólo el anciano chiflado quién la tocaba. En los oídos de Weyler retumban las palabras del drama que viera representado en el teatro Príncipe de Madrid: «Sí, la vida es un cuento que cuenta un idiota, lleno de ruido y de furia, que no significa nada».

Eso es lo que ha estado declamando él estos últimos años: dictando sus ficticias memorias a su hijo Fernando, fantaseando sobre su existencia con el periodista escritorzuelo que redacta una biografía sobre él. Y le ha faltado la furia y el ruido, que todo es ya silencio y la única realidad es que sus palabras nada significan.

Si pudiera llorar... Nadie le enseñó a hacerlo. Y su código de conducta prohíbe tajantemente semejante debilidad humana. Es demasiado grande la casa, pesan en exceso los recuerdos, se encuentra solo, aislado y acosado por los fantasmas. Porque de él escribirán, como en la tragedia de Macbeth que tanto le impresionara: «que acaparó sobre sí todo un enjambre de infamias», y que la espada que ahora ya no es capaz de blandir en su senil decadencia «humea de muertes sangrantes», que él fue siempre «el enamorado de la guerra». Fui valiente a la hora de matar a los demás y ahora me muestro impotente para quitarme la vida a mí mismo. Prolongo estos días de sufrimiento esperando que mi existencia se extinga entre miradas compasivas y deseos de que me vaya de una vez por todas de su presencia y ellos puedan disponer de mis bienes y de mi propia memoria. Hubiera sido mejor morir en el campo de batalla y no agonizar en el lecho de la impotencia. Pero nadie sabe morir. Continuar ya por breve tiempo la representación ocultando el dolor. Fingir que no soy esta basura humana que se disfraza

con el fin de que nadie contemple su repugnante figura, su desnuda intimidad provocadora de náuseas. Mostrar buen talante hasta el fin, que no sienta quien te contemple asco de ti. Lo importante es relatar que mantuviste tu entereza hasta que te faltó el aliento. Ni ellos saben ni quieren saber. La familia, el ejército, la iglesia, compinchados contigo para redondear la farsa, yo actor del papel que no escribo y para el que tampoco se me consulta y sin embargo represento. Todo se atiene a la puesta en escena que luego ha de fijarse en el gran libro de la mentira histórica. Actores, actores, al menos me libraré de contemplar mi cadáver. Mi representación, en ese momento, habrá terminado. Otros intérpretes la llevarán a cabo, maquillarán, ocultarán, y al final, felizmente para ellos, se desharán de mi esqueleto. Que el teatro de la vida continúe ya sin mi presencia. Tantos años preguntándome si pude ser otro, actuar de distinta forma, y ahora sé que ni era posible ni yo lo intenté nunca. Me decía entonces, ¿y si hubiera tenido una educación, un físico diferente? Aquí habría llegado, rey o pordiosero. Descubrí, ni pronto ni tarde, que no merecía la pena insistir en aquellos planteamientos. Yo era yo, la suerte había sido echada y no quedaba más remedio que aceptar mi sino, buscar mi acomodo, el éxito para cuantas empresas y tareas emprendiera. Futuro. Cómo se ríe el reloj del tiempo de semejante palabreja. ¿Arrepentirme de mis actos? Jamás. Y además, ¿de qué valdría ahora? ¿Me pidió acaso alguien opinión para nacer o para concederme el físico que habría de acompañarme toda mi vida? Feo, asimétrico, me sacaron tal vez del vientre de mi madre antes de tiempo, por eso nací canijo. Tardé en crecer, y pese a mis esfuerzos nunca lo logré del todo, un lastre que solamente ahora, pellejos y huesos arrebuajados bajo la escasa ropa que me cubre, carece ya de importancia. Nunca me gustaron los es-

pejos, no deseaba verme reflejado en ellos. Cuando me contemplaba, aun a mi pesar, el odio contraía mi rostro al sorprender mi realidad física. Siempre la desprecié. Habría destrozado todos los espejos del mundo. Y ahora con más razón. Me irritan las gentes jóvenes que en ellos se contemplan con delectación. Si no existieran espejos tal vez nos veríamos de distinta manera a como lo hacemos. No sería la belleza quien marcara nuestras relaciones. Hasta en la vejez quizás el asco y la agonía se paliaran. He tardado noventa años en comprender que ningún poder o fuerza puede variar el movimiento de los astros ni detener aunque sea una milésima de segundo los relojes. Por eso no creo en el mal o en la culpa. Sólo en la muerte, la que tantas veces creí burlar y que al fin termina igualándonos a todos. Como si aparentáramos desconocer su poder y victoria final. Que otros lo escriban. ¿Qué ha de importarme a mí lo que escriban o realicen a partir de ahora los otros, si ya no existiré? Tampoco fui amante de las fotos. Ni propias ni en compañía de familiares, antepasados o descendientes míos. No quería aparecer mostrando mis defectos a los demás, si acaso solo, erguido sobre mi caballo o como mal menor ataviado con mis cruces y medallas y mostrando el gesto hosco y desafiante que me caracterizaba ante los enemigos. Jamás imaginé que podría vivir días tan crueles. Cuando amanezca sonreiré como un viejo estúpido —así nos llaman en su desprecio— a los que acudan a atenderme o interesarse por mi salud, aceptando los cuidados o atenciones con los que pretenden servirme como si valieran ya para algo. Cerraré los ojos para no verlos ni sufrir más, ahogando los deseos que me invaden de vomitar o llorar, sumergiéndome de nuevo en el reino de las sombras donde seré al menos el único protagonista de esta pesadilla, que carezco de voluntad para ponerle fin. Serán otros quienes narren el desenlace de mi vida.

Ya no le gustaba hablar, reflexionar en voz alta. También despreciaba su aniñada voz, apenas audible, gangosa, que punzaba sus recuerdos añorando cuando ordenaba y mandaba a las tropas con palabras y entonación a cuyo conjuro temblaban los hombres más robustos y sanguinarios. Ahora, una vez más, un hilillo de orina, cálida y bienhechora, empapaba sus muslos, se derramaba sobre ellos sin que pudiera contenerla, impregnaba la carne proporcionándole un excitante bienestar. No era abundante ciertamente, pero cuando se enfriara le obligaría a mudarse de ropa interior. Prefería dormir sintiéndola en sus bajos, gustaba de su olor fuerte y ácido, era como una droga que le embargaba, disfrutaba de su sabor, llevaba sus dedos que pasaba por la tibieza de la carne mojada a su boca y por unos segundos apreciaba aquel tacto que le recordaba al de los mojados coños de las mujeres que tanto gustó de paladear.

Me agradecería tener a Valmaseda conmigo aquí y ahora. Cuántas veces los dos, allí en el Oriente de Cuba, nos comíamos a las jóvenes cubanas a las que por las buenas o por las malas sometíamos. Todas terminaban gozando. Y cómo se movían, gritaban. Arolas no, era un flojo. Como tantos otros. Ya no queda ninguno de ellos. Sólo aquel maldito sargento que me acompañaba desde los tiempos de los Cazadores de Barcelona, Ciges. El miserable sargentucho también se me escapó de las manos, se quedó con vida cuando hizo más méritos que nadie para perderla. Y así pudo soltar toda su baba, la mierda que siempre arrastró consigo, contra mí, en sus libros y escritos, panfletos en los que volcaba sus resentimientos, su impotencia, que pagaba con el ejército, no era sino un mequetrefe con ínfulas de revolucionario, un frustrado de la vida, no me explico cómo pudo casarse con esa mujer por poco que valga ella, la hija de ese tal Azorín, otro escritor anarquista al que dan importancia sin merecerla, él parecía más un cura

que otra cosa, si yo hubiera seguido en Cuba no habría tenido la sentencia que tuvo, y ya era tarde, por todas partes existía una moral de derrota, así nos lució el pelo gracias a los políticos de siempre, y él conspirará hasta que se muera, un comunista más, que ya comienzan a aparecer por todas partes, ¿quién los meterá en cintura con este gobierno débil que tenemos?, y vinieron a buscarme cuando ya no estaba para estos trotes, así se encuentra España como se encuentra, conspiraba en nuestras barbas y sus jefes miraban para otro lado, esta mala hierba es la que nunca hemos sabido cortar a tiempo, cuando alguien me habla de él me sulfuro, un don nadie, un escritorzuelo al que encima esa canalla de intelectuales se toma en serio, mal vamos a terminar, un rey sin cojones y unas izquierdas envalentonadas, yo supe contenerlas en Barcelona de la única manera en que entran en razón, con castigos ejemplares, nunca mientras permaneció a mis órdenes pude echármelo en cara, habría terminado con él con sólo mirarle, pero le toleraban, le dieron alas porque decían era buena persona, estas buenas personas que te la juegan sin que te des cuenta, moscas no muertas sino llenas de veneno, aquel capitán Martínez era otro flojo, ya me lo dijo Eva, ése será buen militar pero como hombre no tiene ni un polvo, nada que ver esta tropa con mis anteriores perdigueros, con ellos nunca nos hubieran derrotado, pero llenamos de flojos y de traidores nuestras filas, el fin era inevitable, no nos vencieron los filibusteros, fuimos nosotros los que nos entregamos después a los yanquis, cuánto eché de menos aquellas lomas del Rubí, jamás volví a vivir escena tan majestuosa como la de las tropas formadas a la salida de Mariel, dispuestas para la batalla en aquel paraíso que era el jardín de Cuba antes de que entre todos lo devastáramos, valió la pena vivir para protagonizar aquel día de gloria, después dejó de brillar el sol y los años transcurridos de este siglo

veinte no sirven para borrar la belleza de espectáculo semejante, debí morir allí, aquella misma noche y no en la decrepitud en que ahora me arrastro, ¿y de qué me sirve la memoria ante la ruina del cuerpo?, ésa es para los sargentuchos que por muchos años que vivan nunca serán hombres, cuando los muertos de hambre vistieron uniforme la decadencia se instaló en nuestras filas, un criminal puede ser un buen soldado, un intelectual nunca lo será, y menos todavía será un patriota, poco le doblegó la cárcel, escapó pronto para que así pudiera verter su veneno contra mí y contra España. Todos los recuerdos no te hacen sino sufrir, te muestran lo que eres, un cadáver que anda embutido en las ropas que lo ocultan. Nadie sabrá de estos pensamientos que me atormentan. Si toda mi vida fue una impostura seré fiel hasta la muerte a ella: que los escritoruelos e historiadores relaten la falsedad para que no se desvele nunca quién en realidad fui.

Las brujas le acosan desde el fondo de la terraza en la noche ya caída a plenitud sobre la ciudad, noche sin luna ni estrellas, mas no para anunciarle ningún futuro, sino para burlarse de su muerte, para comprobar cómo entra en el hondo pozo de las tinieblas que carecen de fin y principio sin que nadie se apiade de él, sin que ninguna ternura le acompañe, que sus descendientes se olvidarán de su nombre cuando se repartan su herencia y los seguidores de sus métodos de hacer la guerra, incluidos ese general Franquito, tan pequeño de estatura como él, y nada apuesto, sino orondo, barrigudo, de boca sucia y encima despojado de los atributos que justifican la hombría, de voz chillona y castrada y mirada fría y cadavérica, al que tanto desprecia, convertirán España en un campo de muerte que hará olvidar los campos de muerte por él sembrados en la tierra de Cuba, para que los aires más fétidos pudran las conciencias de quienes como él visten esas ropas empapadas de sangre y

cuelguen medallas fundidas con los huesos de las gentes que asesinan y entonen músicas marciales que conducen al crimen y la destrucción de innumerables inocentes y ciudades, para que la bandera de España pueda elevarse en los cementerios donde yacen los asesinados. Y la voz de Macbeth es su propia voz cuando grita en el escenario vacío de la terraza: «Demos lecciones de sangre que regresen atormentando al instructor».

Doblan angustiosamente las campanas y su ronco tañido parece provenir no de cercanas iglesias madrileñas, sino del propio infierno, conformando el colofón de los sueños que le agitan y convulsionan sus noches, los muertos que ahora contempla no son sino los muertos que en las tierras de Pinar del Río levantan su último vahído para acusarle, para torturarlo. Vuelan cuervos sobre el parque del Oeste, auras tiñosas que allí decían. Lagrimean sus ojos. Nuevamente vuelve la orina a escurrirse por las piernas. Mira a todas partes y sólo contempla sombras a su alrededor, sombras que adoptan extrañas y amenazantes figuras humanas desplazándose lentamente de uno a otro lado, que traspasan su cuerpo sin tocarle ni mancharle. Embarazado de ellas avanza arrastrando sus pies y con las manos extendidas hacia delante en busca de la puerta que da acceso a su dormitorio. Desciende las escaleras procurando no tratabillarse, tanteando las paredes, ciego, sordo, mudo, impotente, que lejos queda la estancia del sirviente y no desea que acuda a su lado. Se dirige, tras dar la luz, al lecho, tan amplio como huérfano de presencia humana. Se tumba, sin desvestirse, sobre él. Y entonces, palabras que no son suyas, le declaman con ronca y penetrante entonación: «Ven, noche acogedora... y con tu mano sangrante e invisible anula el gran vínculo que tanto me horroriza... que acechan los negros seres de las sombras».

